

Óscar Cebolla Bueno (2021)

CORPORAL

ISBN: 978-84-09-298548. Libro de Artista. Madrid

112 pag.

La metafísica occidental encumbró ideas abstractas como alma o esencia, escapando así de las coordenadas espacio-temporales para fundirse con la eternidad. Esto hizo que todo lo contingente, limitado, finito o vulnerable fuese rechazado. En este sentido, las aportaciones de Platón sobre el cuerpo han marcado la senda que sigue la cultura occidental en la actualidad. Para este filósofo el cuerpo es imperfecto, tendente al deseo y a la pasión, caduco y cambiante y, en contraposición al mismo, el alma es perfecta, eterna e inmutable. Hasta tal punto despreciaba el cuerpo que, para él, la persona se reducía exclusivamente al alma. El cuerpo no es más que la tumba del alma (Platón, 2010) y “mientras tengamos nuestro cuerpo y nuestra alma esté contaminada de esta corrupción, jamás poseeremos el objeto de nuestros deseos, es decir, la verdad” (Platón, 2014, p. 13). De ahí pudo derivarse en parte la mortificación del cuerpo practicada desde algunas cosmovisiones para la liberación del alma.

La influencia de la concepción platónica del cuerpo ha sido decisiva en la cultura occidental (Landmann, 1962). Pero ¿cómo hemos podido desterrar el cuerpo de la teoría y de la práctica si es gracias a él que nos relacionamos, sentimos, acariciamos, abrazamos, reclamamos, reímos y lloramos? Gracias a nuestro cuerpo tenemos rostro, reconocemos nuestra condición de vulnerables y nos relacionamos responsablemente con los demás. Sin cuerpo no hay ni imagen ni palabra. Para responder, nos dirigimos al rostro del otro a través de la palabra y de los gestos, es decir, a través de nuestro propio cuerpo. El cuerpo nos permite ser actrices y actores solidarios, únicos e irrepetibles en el escenario del



mundo, ya que, si queremos ser la mejor versión de nosotros mismos, debemos entrar en relación con el resto de los personajes. Nos incorporamos al teatro de la vida como seres corpóreos y, por ende, provisionales y contingentes: tenemos cuerpo y somos cuerpo. El cuerpo que tenemos condiciona nuestro devenir en el mundo por su constitutiva fragilidad e imprevisibilidad. Pero, además, somos también el cuerpo que ocupamos al convertirnos este en escenario de dicha imprevisibilidad.

El cuerpo es una realidad en constante cambio que es capaz de dar cuenta de aquello que se encuentra más allá de sus límites. Permite expresar quiénes

somos sin que la identidad que ayuda a expresar se limite a sus contornos. Efectivamente, el cuerpo es representativo de nuestra identidad sin que esta pueda agotarse en dicha corporeidad. Por ello, no puede dejar de ser cuerpo simbólico. El cuerpo permite al sujeto expresarse y vincularse con los demás, estando de ese modo condicionado por la exigencia (ética) de responder al otro, así como por la espacio-temporalidad. El cuerpo nos sitúa en medio de la contingencia y de la imperiosa necesidad de responder para poder seguir siendo nosotros mismos. El paso del tiempo se torna inexorable y se refleja en la finitud de nuestro cuerpo. Pero es gracias a este cuerpo que nos construimos a nosotros mismos gracias a las respuestas que vamos dando a las demás personas.

¿Cómo puede ser que la cultura occidental haya vilipendiado al cuerpo por su finitud, su vulnerabilidad, su fragilidad o su contingencia? El mismo cuerpo vulnerable que nos aboca a la contingencia como sujetos pacientes, nos redime de la misma como sujetos agentes. Por una parte, el cuerpo es instrumento u objeto técnico del que nos servimos para vivir. Por otra, somos seres interdependientes gracias al cuerpo: ayer nos lo cuidaron unos, hoy somos nosotros los que debemos cuidar los de los demás. Cuidamos con el cuerpo y gracias al cuerpo que, a su vez, es la sede de nuestras emociones en las que no sólo se dan componentes afectivos, sino también patrones cognitivos y diferentes tendencias de actuación. Reivindicamos justicia con el cuerpo y, gracias a él, somos animales políticos. En definitiva, amamos con el cuerpo: con una cariñosa mirada, con nuestras palabras, con nuestros abrazos, etc. Amamos gracias a los sentidos de nuestro cuerpo: la visión, la audición, el tacto, etc.

El propio Platón (1992) destacaba las bondades de la luz de la razón en el mito de la caverna. Quizás

por ello el sentido de la vista ha acabado siendo la medida para el resto de los sentidos. Como señalaba Lévinas (2006), la visión tiene la capacidad de sincronizar el sujeto perceptor con el objeto percibido en un mismo presente para ajustar este a la medida de aquel, siendo por ello una sincronización que violenta y totaliza la realidad. Así, mientras que la visión se asocia al tiempo, el oído lo está al espacio. Mientras que la visión se controla de dentro hacia fuera, en la audición se está abocado a escuchar de fuera hacia adentro. Y si la visión está vinculada al tiempo y la audición al espacio, la caricia lo está a la proximidad. Como señalaba Ángel Gabilondo (2008) “sólo si me dejo acariciar por la palabra (del otro) puedo decirme; (...) sólo si me toca la palabra del otro tengo yo la palabra” (p. 287). Según Lévinas (2005), “la caricia es la unidad de la aproximación y la proximidad” (pp. 325-326).

Gracias al cuerpo, el ser humano es imagen y palabra. De ahí que la visión y la audición se hayan llegado a contraponer: los griegos dieron más importancia a la primera, los judíos se la dieron a la segunda; el protestantismo puso el acento en el sentido del oído, mientras la contrarreforma católica lo puso en la vista; en la Edad Media se dio más importancia al sentido auditivo, mientras que en el Renacimiento se hizo hincapié en el sentido visual. Desde entonces, este último ha marcado el devenir de Oriente y de Occidente. Algo que, según Zambrano (1991), nos ha llevado al olvido de nuestro ser irreductible, a no poder conocernos a nosotros mismos por no poder contactar con nuestra experiencia radical interior. La imagen vale hoy más que mil palabras, aunque, precisamente por ello, no deberíamos renunciar a complementarlas. Puesto que ambas, imagen y palabra, se condicionan recíprocamente. La palabra nos construye poco a poco, reflejándose esto, una y otra vez, en una imagen que nos recuerda que el cuerpo es simbólico y polisé-

mico y que, precisamente por ello, representa algo que no puede contenerse en una imagen, sino que se encuentra siempre mucho más allá, expresando una realidad siempre inacabada e imprevisible. *Corporal* rinde tributo al “único tesoro verdadero que llegamos a poseer, nuestro templo” (p. 109). Su autor, Óscar Cebolla Bueno, comparte la concepción aristotélica del cuerpo, que no se limita a ser únicamente cantidad de materia, sino que recibe la vida a través del alma. Según Aristóteles (1988), el cuerpo es la sede del alma y, por ello, nuestro pensamiento se encuentra condicionado por aquel. Efectivamente, el autor nos muestra que los cuerpos son el reflejo del alma de las 46 personas que han posado para él en este proyecto, ya que entiende que “el lenguaje corporal constituye un alto porcentaje de la comunicación en las conversaciones entre las personas” (p. 5). Las imágenes aparecen acompañadas de palabras, las palabras de imágenes: pura corporalidad. Imágenes de cuerpos que nos trasladan siempre más allá de lo que se ve: puro simbolismo. Palabras que están sujetas a la imagen y viceversa. La bailarina de la portada parece sujetar con delicadeza el título del libro en su desnudez, mientras es arropada por unas hojas de vid. Pero la que es sujeta es la bailarina a la palabra, sin la cual no podría expresarse, no podría seguir siendo. Es una declaración de intenciones en toda regla.

En definitiva, *Corporal* es una delicada caricia en el rostro que nos despierta del letargo impuesto por la cultura occidental. Un libro que recoge reflexiones del autor en torno a la desnudez, a la cosificación del cuerpo, a la censura, entre otras muchas cuestiones. Pero, sobre todo, es un álbum que incluye ilustraciones y obras que fueron realizadas para una muestra cuya inauguración no pudo llevarse a cabo en octubre de 2020. En cualquier caso, este libro-álbum, cuya edición se presenta con un formato muy cuidado y de gran calidad,

da cuenta de la originalidad y de la genialidad del autor, al que la colección le ha llevado dos intensos años de su vida. Sin duda, una obra que nos invita a desnudar el alma a través de la contemplación de su templo corporal.

Fran Idareta
Trabajador Social

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles (1988). *Acerca del alma*. Madrid: Biblioteca Básica Gredos.
- Gabilondo, Á. (2008). Mi palabra suya, en A. Alonso (Coord.) *Emmanuel Lévinas: la filosofía como ética* (pp. 275-288). Valencia: Universidad de Valencia.
- Landmann, M. (1962). *De Homine*. Friburgo-Munich: Karl Alber.
- Lévinas, E. (2004). *El tiempo y el otro*. Barcelona: Paidós.
- Lévinas, E. (2005). *Descubriendo la existencia con Husserl y Heidegger*. Madrid: Síntesis.
- Lévinas, E. (2006). *Totalidad e infinito*. Salamanca: Sígueme.
- Platón (1992). *República. Libro VII*. Madrid: Biblioteca Básica Gredos.
- Platón (2010). *Gorgias*. Madrid: Biblioteca Básica Gredos.
- Platón (2014). *Fedón*. Madrid: Biblioteca Básica Gredos.
- Zambrano, M. (1991). *El hombre y lo divino*. Madrid: Siruela.